Roberto de las Carreras (1873 - 1963)

por Angel [redacted]

UN FOGONAZO SOBRE LA ALDEA

ANTES de ayer murió, a los 90 años. Físicamente sobrevivió a casi toda su generación, pero él mismo se sobrevivía desde hace 50 años, desde aquel 1913, cuando en el infierno húmedo de Curityba el cónsul general del Uruguay debiera ser repatriado por enajenación mental. Desde esa fecha la leyenda de su centelleante y a la vez irrisoria aventura vital, lo acecha: un país entero contempla su figura larga y ceremoniosa que ha quedado fijada sobre un vago mundo novecentista, dialoga con él a través de una niebla, teme contar su vida por escrito, y custodia en este hombre al mito de una época que él exasperó durante quince años.

Prácticamente nadie ha tratado de averiguar si sus lujosas ediciones de raras prosas tenían algún valor literario: en ellas hay tal frenesí de vida inusual, a tal punto quiso que sirvieran de minucioso espejo exaltador de su aventura humana, que nadie puede medir la obra sin meterse de lleno en la biografía. Su arte no se explica sin su vida y su vida no se explica sin su época.

Todo le hubiera sido perdonado por la sociedad elegante montevideana en la que —joven, apuesto, rico, de buena familia— él actuó, si hubiera guardado las apariencias, la fachada de esta tras la cual aquella sociedad descubrió el desafuero de los sentidos; sobre todo si no hubiera dicho una palabra de su madre. **"Ha sido la única gran señora de este pueblo. Paseaba insolentemente sus conquistas por la faz de la miserable aldea"** escribió y repitió muchas veces, negándose tercamente a asumir la hipocresía, prefiriendo pasar a la ofensiva.

En verdad la historia de su madre, Clara García de Zúñiga, era conocida de todo el Río de la Plata, pues conmovió desde Monseñor Soler hasta el general Mitre, desde Juan Carlos Gómez hasta Francisco Xavier de Acha, que la cantó en inacabables versos, desde Lorenzo Latorre que propició el rapto de sus hijos, hasta Manuel Herrera y Obes que fue abogado de la familia. La sociedad montevideana le pedía a R. de las Carreras que fingiera no saber nada a cambio de un silencio sarcástico, pero seguramente él supo en sus años de Colegio Hispano-Uruguayo lo que es ser llamado "bastardo". Los niños son menos hipócritas que los mayores pero tan crueles como los escritores: años después Vasseur aducía que no podía batirse **"con un individuo que ignora su legítima paternidad"**.

Este muchacho sensible, fino y delicado, que tenía tras de sí una atroz infancia, este muchacho, que con sus fraternales amigos Carlos Vaz Ferreira y Juan Andrés Ramírez conversaba de poesía, desnudándoles su alma romántica, atormentada, explicándoles su neurastenia, decide asumir por entero la historia de su madre: ser un "bastardo", no en forma solapada, sino pública. Lo que en esa audaz resolución, que regiría entera su vida futura, había de un profundo y desolado amor por la madre, lo que había de reparación a su memoria, lo dijo alguna vez en circunstancias casi ridículas: **"Un hombre enérgico decíame, refiriendo el caso de un marido que, al encontrar a su mujer "in fragenti", la había arrojado por el balcón: "Es el único medio de contener a la mujer". El hombre que así hablaba era mi padre. Yo sentí protestar en mí, desde entonces, el alma de mi madre que me inspira, de la mujer de pasión y de aventura, de la desvanecida soñadora que la educación burguesa me enseñaba a odiar. Al defender al sexo siento que la defiendo. Mi esfuerzo libertario es un tributo altivo y vengador a sus dolores de Amorosa!" (Amor libre).** Como si se aceptaba la moral de su tiempo debía condenarla, prefirió aceptar a su madre y condenar entonces la moral de una sociedad hipócrita y elegante, contra la cual militó como un grotesco Quijote.

Cuenta el general Mansilla que Clara era la hija **mimada** de don Mateo García de Zúñiga, verdadero señor feudal de Entre Ríos, personalidad avasallante de la Confederación, y hombre de fabulosas fortuna. Enemistado con Urquiza se traslada con su familia a Montevideo, donde se hace construir una suntuosa residencia en el paso de las Duraznas (es el actual Museo Juan Manuel Blanes), lugar donde ha de nacer Roberto de las Carreras. En 1859, Clara, que sólo tenía 15 años, casa con José María Zuviría, y apenas un año después comienza lo que su descendiente (Mongrel) ha llamado **"una tragedia shakespeariana"**. Don Mateo rompe relaciones con su yerno acusándole de difamar a su suegra de quien Zuviría habría dicho que lo pretendía. El escándalo es público, notorio, queda registrado en la prensa, la poesía, los juzgados, y aún es mayor cuando Clara abandona a su esposo llevándose los hijos. A partir de entonces comienza la extraña vida de esta mujer **"espectacular e impetuosa"**, que no sólo ha de mantener públicas relaciones con diversos prohombres del siglo pasado, entre ellos el secretario de Leandro Gómez, en Paysandú, Ernesto de las Carreras, padre de Roberto, sino que llegará a afirmar en un texto judicial que nunca ha negado su cuerpo a quien le gustara. Cruzaba Montevideo en su volanta descubierta, mantenía su palco en el Solís, gastaba una fortuna en su atuendo, siempre acompañada de un hombre que no era su marido, para frenética comidilla de lo que su hijo llamaría "la aldea".

En la fecha del nacimiento de Roberto (1873) había entrado en posesión de la inmensa fortu-

na de su padre, muerto el año anterior, y ya daba señales de enajenamiento. Cuando estaba en Montevideo residía en el más lujoso hotel, donde normalmente vivía el cuerpo diplomático: el Hotel Oriental. En una de sus ventanas se la vio aparecer un día de 1874, dícese que desnuda, y comenzar a arrojar a los transeúntes libras esterlinas que traía en una bandeja. Con su madre, doña Rosalía, que muere en 1877, protagoniza conmociones nacionales, debido al pleito con su marido, quien reclama los hijos y termina raptándolos, y debido a los pleitos por la fortuna (el Dr. Carlos Pellegrini cobró por honorarios, en la época, 250.000 pesos). Muertos sus padres, sola, rodeada de hijos pequeños de diversos padres, disponiendo de enormes riquezas, cada vez más extraviada, su vida adquiere rasgos tan disonantes que concluye por obligar a los parientes a recluirla.

ESTA es la historia que Roberto de las Carreras decide asumir públicamente, y esta es también la infancia y adolescencia que le dispuso la vida. A ella ha de ser fiel, promoviendo los escándalos más llamativos de su tiempo, hasta alcanzar, como si la hubiera buscado, la locura. En 1892 publica bajo seudónimo un libro de **Poesías** que nadie leyó, en el cual aparece todo el repertorio de la macabrina romántica, asociada a las vagas turgencias de la edad. (**"Imágenes de amor entre la sombra veo / y siento despertar la fiera del deseo / la fiera sensual, la fiera aletargada...**). Espronceda y Núñez de Arce le ayudan a hacer sus palotes, pero sólo dos años después, en 1894, un nuevo libro, como el anterior dedicado a Carlos Vaz Ferreira (**"con quien hace tiempo he pactado / que nos dedicaremos / todo lo que sin duda alguna escribiremos"**), lo muestra revistiendo su nueva y desafiante piel, en el papel de escéptico, irónico, refinado y "blasé", que no ha de abandonar. Tiene 21 años, es rico, buen mozo, una cultura no desdeñable, y ya ha bebido el filtro modernista —mucho antes que los demás uruguayos— adoptando las delicadezas decadentes que lo emparenten con **Des Esseintes** y, si fuera posible, con el ideal de época: Gabriel D'Annunzio. En sólo dos años —los que van de **Poesías** a **Al lector**— ha aprendido a manejar el alejandrino mejor que nadie, y con un deliberado tono prosaico se ejerce en la burla de sus conciudadanos, afilándose las uñas para más altas empresas.

¿Qué necesita un joven en estas condiciones? No hay duda: un viaje a París. En el Círculo de Armas había conocido e intimado con el hijo de Athos di San Malato, y con él parte a Europa en 1895, ¡a vivir! La experiencia francesa de otro uruguayo de la época —Horacio Quiroga— fue más bien decepcionante; la de Roberto de las Carreras ha quedado en las sombras. El se atribuyó las consabidas locuras amorosas, los amores de la Bella Otero, de una "cocotte" que era amante de Alfonso XII, incluso haberse deslizado disfrazado en un serrallo argelino. Vaya uno a saber. En todo caso, tres años después desembarcaba en Montevideo con un equipaje sensacional, transformado en un perfecto "dandy". En 1896 había muerto su madre, y aunque la disputa familiar por la herencia fue tan áspera como para que él se dignara escribir numerosos poemas sobre sus más próximos parientes, puntualmente aparecidos en "El Día", su riqueza y seguridad económica parecían aseguradas.

Venía rodeado de un halo de sugestión demoníaca para los aldeanos de Montevideo: vestía paletó impecable, chalecos de fantasía totalmente desconocidos, como aquel famoso con dos dragones bordados en oro sobre fondo celeste, sombrero flexible que impuso; altos cuellos duros que le forzaban el gesto "sdegnoso", corbatas de exquisita factura que se hacía fabricar muy largas para arrollarlas varias veces al cuello y luego cruzarlas en una moña esponjosa, polainas relucientes, un bastón cimbreante que muy pronto se supo que era un disimulado estoque con el agregado de que su propietario era un avezado esgrimista. Puso residencia en el **Hotel des Pyramides** (venido a menos sigue en la esquina de Sarandí e Ituzaingó) porque la ciudad se había desplazado hacia la Matriz y la plaza Independencia, alhajando sus habitaciones con muebles "made in France". Y minuciosamente se dedicó a aterrar a los montevideanos.

Hacía vida de lo que se pensaba entonces que debía ser "lo sibarita" pero que en una ciudad tan reducida como el Montevideo de entonces — sumándole pueblos tan alejados como el Cerro y el Paso Molino, apenas llegaba a los [illegible]0.000 habitantes— muy pronto adquiría sabor doméstico y confianzudo. Se levantaba tarde para apostarse en la Matriz a la salida de misa y provocar con sus miradas incendiarias el rubor de las jovencitas, que ardían de curiosidad, y el enojo de las matronas: tenía establecida su tertulia en el café Moka (Sarandí y Bartolomé Mitre) donde ocupaba mesa junto a la ventana, rodeado de sus "secretarios" y admiradores, y donde dictaba sus obras, pues jamás consintió al bajo menester de escribir, salvo la correspondencia muy privada y sólo en época de estrecheces económicas; concurría al Telégrafo, a la librería Barreiro y Ramos, a los hoteles de la "high life" (Oriental, Pyramides, Lanata, y nada más), paseaba por Sarandí, 25 de Mayo, 18 de Julio, pero nunca un paso más allá de la plaza Cagancha donde concluía, según afirmaba, la precaria civilización nativa; hacía tertulia en "El Día" más que por su amistad con Batlle, por su fraterno conocimiento de Arturo Santa Anna, y era en ese diario "izquierdista", para cuyo sostenimiento proporcionó abundantes fondos, que se publicaban con pasmosa condescendencia sus "locuras" literarias; de noche no faltaba al teatro Solís donde la ópera italiana ganaba continuas batallas, e incluso se atrevía a pasear por la plaza Independencia donde acababa de inaugurarse la iluminación a gas que había provocado este gritito de un periodista de "El Siglo": **"igualito a un claro de luna"**; también puede ser que paseara por el barrio de Santa Teresa que ya entonces era rico en legítima carne francesa, pero de estas actividades, a pesar de la publicidad de que rodeaba su vida, nada nos ha comunicado. Todo esto era lo menor y cotidiano: lo importante era la seducción de mujeres casadas, central ocupación a que consagró sus bien rentados ocios.

EN 1900 se publica el primer testimonio de su fracaso amoroso —que eso serán uno tras otro los folletos y libros que edite— ofreciendo el invariable módulo de su creación literaria. Se llama **Sueño de Oriente** y comienza así: **"Las mujeres de Montevideo, apenas casadas, se hinchan, revientan las líneas, descomponen las formas de su cuerpo. Y parecen tan complacidas, su mirada es tan dulce que no se puede menos que suponerlas echadas de una lujuria suculenta, repletas de un gozar glotón que las engorda"**. Lo que sigue es la historia de una de ellas, a quien encubre con el nombre de Lisette d'Armanville; casada con "un gorila" y pretendida por Roberto, tuvo la osadía de contestar a sus premiosas cartas de amor con un billete que decía: **"Si se atreve Ud. a escribirme una sola letra más y a fastidiarme con sus asquerosas y estúpidas insinuaciones, se lo diré a mi marido para que le dé a Ud. el castigo que se merece"**. Tal vulgaridad bien se merecía la venganza literaria que fue la obra.

El libro provocó el deliquio de Julio Herrera y Reissig que le dedicó una reseña extática, y ya quedó formado el pequeño grupo de dandys

(Pasa a la pág. siguiente)

De las Carreras: FOGONAZO SOBRE LA ALDEA

(Viene de la Pág. anterior).

en lucha con la mediocridad montevideana, tomando como bandera el "amor libre". La increíble mixtura de la época hizo que Roberto de las Carreras resultara contertulio de la modernista "Torre de los Panoramas" —aunque no por mucho tiempo— a la vez que del Centro de Estudios Internacionales, donde se reunían los sindicatos anarquistas del 900 y en cuyos diarios él publicaba sus alegatos en favor de la "expropiación de la mujer". De las Carreras le presta a Julio el ejemplar de Samain que más tarde, cuando la pelea por la propiedad de un verso, el **"relámpago luz perla que decora tu sonrisa"**, le permitirá las frases cáusticas sobre "Samain prisionero en el armario" (junto a las otras sobre el "pie de inmigrante" por su pie plano, o "los diez años de servicio de sala" por el prolongado noviazgo con Julieta) y además encara con él la realización de algunos de los libros escandalosos que diariamente dictaba a sus secretarios en el Moka, interrumpiéndose de pronto para tararear una melodía vaga, que explicaba: "invoco la palabra"" "silencio", "busco el vocablo". Entre esos libros estaban la **Antología de la aldea**, crítica de escritores, **El sátiro**, que narraba con fruición la vida privada de muchos uruguayos, dícese que incluso la de Batlle, y **Fuego sobre el Ateneo**, su más ambicioso volumen, referido al "amor libre" y del que llegó a adelantar un escrito ocasional, **Don Amaro y el divorcio**, publicado con motivo del escándalo que De las Carreras y otros anarquistas promovieron en el santuario ateneista, echando de la tribuna al Dr. Amaro Carve que dictaba una conferencia contra el divorcio, y reemplazándola con un alegato por el "amor libre". Ninguno de esos libros, que algunos testigos de época conocieron, sobrevivió, al parecer, a su enfermedad.

Donde había una escándalo allí estaba él, infaltable, cimbreante, bien vestido, seguido de sus secretarios, —Zayde Fontans y Teodoro Barboza fueron los más duraderos— que formaban su necesario cortejo. Pocas cosas conmovieron más a la ciudad que el asessinato de Celia Rodríguez Larreta en el Hotel del Prado. (Habría que contar, aun sumariamente, esta historia "belle époque": Celia, en el decir de entonces, habría sucumbido a los encantos de un joven abogadito llamado Luis Alberto de Herrera; increpado por el marido, el coronel Latorre, aquél se negó a batirse. Reconciliados los esposos por Teófilo Díaz, el muy gourmet, muy gentleman, TAX, que fuera ministro de la Suprema Corte, van a pasar la noche de reconciliación en el hotel, donde Latorre asesina a su mujer; apenas enterado, Teófilo Díaz corre al lugar del hecho y, abalanzándose sobre Latorre, lo balea; eso le valió a TAX la reclusión perpetua en una casa de las afueras, aduciéndose insanía. De este hecho saldrá aquel famoso editorial de Batlle y Ordóñez contra Herrera que las mujeres de la época se sabían de memoria, **"¿Quién dijo miedo?"**, en que recordaba que quien había estado a la hora de los besos no había estado a la hora del honor). Esa noche, en la capilla fúnebre en casa de los padres de Celia, totalmente colgada de negro y con el habitual cargamento de flores naturales, Roberto se abre paso entre la concurrencia, y, delante del féretro, se pone a declamar su **Oración pagana: "¡Yo te arrojo todas mis rosas helénicas, oh amante arrebatada a la gloria del Beso! / No se concibe que una mano sacrílega haya podido herirte / El ara de los dioses ha sido profanada y el Olimpo está triste"**. Al concluir abandona los pliegos leídos sobre el cadáver de la mujer, y sale ante la estupefacción de todos.

PERO no necesitaba de escándalos ajenos quien tenía una cuenta propia tan cargada.

Sus muchos enemigos brincaron de entusiasmo cuando en octubre de 1901 apareció la noticia de su casamiento. El día exacto de su boda, se publicaba en **Trabajo** una carta abierta que Roberto de las Carreras dirigía a Julio Herrera y Hobbes (ex-Reissig) y que empezaba: **"En nombre de Afrodita, te debo una explicación. Qué anonadamiento el de tu espíritu, qué síncope fulminante de sorpresa, qué bramidos de indignación los tuyos viéndome con el dogal al cuello, en la picota ignominiosa de los edictos matrimoniales, como cualquier pobre uruguayo que va a cumplir ceremoniosamente su misión prolífica en las cabañas de la sociedad". "Entro en explicaciones: una señorita, menor de edad, es mi amante, como tú no ignoras: una esclava de mi voluntad, una sugestionada sumisa de mi harén de Gran Vizir. Se me aboca un dilema: "El juez o el Buen Pastor"; una firma, a la que no doy valor alguno, o un tutor cesarino que invada mis prerrogativos de dueño de la Princesa. He optado, como anarquista, por redimir a mi amante de las garras zahareñas de la tiranía burguesa"**. Y concluye su larga, indesperdiciable carta, con esta invocación: **"Yo, amante de nacimiento, hidrofobia de los maridos, duende de los hogares, enclaustador de las cónyuges, sonámbulo de Lisette, me sujeto a tu dictamen, oh Lucifer de Lujuria, hermano mío por Byron, Parca fiera del país, obsesión de pecado, autopsista de una raza de charrúas disfrazados de europeos. Yo imploro tu absolución suprema, oh Pontífice del Libertinaje"** y firma, Roberto de las Carreras, en la **"Toldería de Montevideo"**.

Montevideo vivía a los saltos con este régimen publicitario, pero nadie hubiera previsto la continuación de la historia. Menos de un año después, al regresar repentinamente de Buenos Aires, de las Carreras, como un Napoleón cualquiera, encuentra a la esclava de su lujuria en el lecho con otro hombre que, por fidelidad, también se llamaba Roberto. Vuelve a funcionar su particular sistema de asumir desembozadamente la situación, pasando violentamente al ataque de la sociedad, sistema al que le debemos un libro sin par en la literatura uruguaya: **Amor libre, interviews voluptuosos con Roberto de las Carreras**. Comienza por insertar varios avisos en los diarios dando cuenta de lo ocurrido en su propia cama, y ya anuncia como de inmediata aparición un folleto especialmente dedicado al asunto. Trabajando contra reloj, jaleado por el entusiasmo de los diaritos anarquistas que ven en este hecho el ansiado desmoronamiento social, consigue que el 25 de agosto se distribuya en Montevideo, durante las festividades patrióticas, y se lea hasta de noche en el teatro durante la función de gala del Solís, la edición extraordinaria de "La Rebelión" que inserta el primero de sus **interviews voluptuosas"**. Un presunto periodista, en cuya pluma se adivina fácilmente la de Roberto, describe así la escena: **"Con motivo del Waterloo galante de Roberto de las Carreras que convulsiona a nuestra sociedad, entrevistamos al tempestuoso anarquista en sus elegantes habitaciones del Hotel Pirámides. El parisiense apareció con un chaleco rojo como un incendio, "dernier cri" del boulevard. Roberto de las Carreras, —y esto es tan público como el "bégain"** (sic) **de su querida— es un refinado, nacido en la tierra de Zapicán por un capricho de la femenina Naturaleza"**. Nada deja de ser contado en ese interview, y eligiendo con discreción, podemos transcribir el juicio del "parisiense" sobre el nuevo amante de su mujer, así como sobre sus propias dotes lidiatorias: **"Según ella ha confesado con admirable desenvoltura a uno de mis amigos que la interrogó audazmente, su nuevo amante: "es regular, no es gran cosa!" En cuanto a mí, recuerdo que después de los transportes, de vuelta de su carrera anhelante por los Campos Elíseos de la sensación, la Voluptuosa me felicitaba en cinco idiomas distintos: Muy bien! Tres bien! Molto bene! Very well! Schr zut!"**

Los tres "interviews" que forman el libro desarrollan el proceso de la reconciliación, con una descripción bastante detallada de sus momentos culminantes, la transcripción de las cartas de Berta, la "musa del amor libre", las gestiones que Francisco C. Arata y Domingo Arena cumplieron, algunas informaciones suplementarias sobre las costumbres eróticas en 1902, y una capacidad única para decir en serio las frases más desopilantes de la literatura nacional. El éxito del libro —de los más leídos que han tenido nuestras letras— le impulsa a continuar el sistema publicitario y poco después dirige una carta abierta al presidente Batlle, publicada en hoja suelta y repartida en todos los rincones de la ciudad. Reclama su nombramiento como secretario de la Legación en París: **"Como amigo está Ud. obligado a trocar mi reciente Waterloo (sólo los Napoleones tienen Waterloo) en un resplandeciente Wagram que esta vez será definitivo. El puesto de secretario me permitirá pasar triunfalmente de Montevideo al lecho de la Cavallieri, que es la hurí parisiense designada para mi rehabilitamiento de amante"**. Batlle prefirió no darse por enterado, ni del autoritario pedido, ni de las opiniones políticas de De las Carreras, quien proponía, para salvar al país, **"dividirlo en dos, crear dos repúblicas, una blanca y otra colorada"** hacia el norte y hacia el sur del Río Negro. Condenado a continuar en Montevideo, donde sus recursos se agotaban sin que él mismo se diera cuenta, escribe su pieza más famosa: el **Psalmo a la Venus Cavalieri** (1905).

Grandes hojas de cartulina roja, iniciales dibujadas e impresas en dorado, una selección de fotos de la famosa Lina Cavalieri —que tardó quince años en venir al Plata y a quien nunca el poeta había visto de cerca—, lujosas tapas cerradas con cintas de terciopelo, sirven de envoltura a un poema en prosa donde se exalta la belleza de la actriz en ese estilo que mezcla Pierre Louys con Vargas Vila y que concluye con un insolente **"Reto a Venus Cavalieri": "Púgil del sensualismo, te desafío a la lid amorosa! ¡El genio griego ha inflamado mi alma por la gloria de los lechos! ¡Anhelo más que el triunfo en los juegos olímpicos del Arte, más que el oro y los trofeos y las gemas de Bisapur, contemplar, después de la lucha hirviente, los ojos de una amante, llorosos y agradecidos!..."**

EN la misma medida en que se agudizaba su imaginativo complejo erótico, su estilo se hacía ampuloso, recargado por las baratijas modernistas, hamacado por una modulación melódica reiterativa en su aspiración de elevada exaltación. Y al mismo tiempo el tema se le tornaba obsesivo y era incapaz de ver ni imaginar nada que no tuviera vinculación con los placeres amorosos. Sus amistades se reclutaban entre los sibaritas: Luis Guimaraes, que fuera secretario de la Embajada del Brasil, autor de poemas preciosistas presentados en ediciones de lujo, y a quien se le atribuían exquisiteces de la galantería amorosa; o Arturo Pozzilli, director de **L'Italia al Plata**, a quien Roberto de las Carreras presentaba, intencionadamente, como **"laureato de l'Accademia de Sensualitá de Bologna"** ya que a Pozzilli se le reconocía como el introductor al país de algunas caricias audaces, las cuales, al parecer, muy pronto habían hecho furor entre nuestras elegantes. A algunas alude discretamente De las Carreras en su **Amor libre**.

Todo esto había creado sobre este hombre, en el fondo tan ingenuo y puro, una leyenda negra. Las madres vivían aterradas por este "demonio de la lujuria" como a sí mismo se titulaba el poeta. Eso explica fácilmente el suceso sangriento de setiembre de 1906 mediante el cual Roberto de las Carreras alcanzó el pináculo de su fama montevideana.

Frente a las ventanas del café Moka los contertulios de Roberto veían pasar una joven encantadora, vestida con un trajecito azul de corte griego, y no se necesitó más para que él se decretara enamorado de aquella "onda azul" y convencido de que ese pasar por la calle Sarandí le iba dirigido. Nace de inmediato un largo poema en prosa, **En onda azul...**, —hermosa cartulina marfil impresa con letras en tinta azul y tapa del mismo color— que él va recitando a sus secretarios. Pero nace también el intento de conquista amorosa en el más delicado estilo de antaño. Una noche, junto con uno de sus secretarios, se encarama por los andamios del Hotel Colón, entonces en construcción, y llena el balcón de la "onda azul" con canastas de rosas sobre las cuales deja copia caligrafiada de sus poemas de amor. Muchas jóvenes de ahora suspirarán extasiadas ante esta delicadeza, pero en el Montevideo de entonces, y sobre todo para la familia de la joven, aquello era el primer paso de un inminente escándalo que acarrearía el descrédito social.

Cuando al día siguiente De las Carreras cruzaba Sarandí hacia el café Moka el hermano de la joven lo interceptó para increparlo. En su momento dado, ante un gesto de Roberto, creyó que iba a sacar su estoque, y extrayendo un revólver le descerrajó dos tiros sobre el pecho. No sé si Roberto dijo, al caer ensangrentado en la calle, y tal como cuenta la leyenda **"Esta noche cenaré con los dioses"**, pero merecía haber pronunciado la frase. Como merecía haber contestado al interrogatorio policial, en la farma-

(Pasa a la pág. siguiente)

NOVEDADES

Arca

HERNAN PIRIZ: LOS INDESEABLES DE SIEMPRE. 106 ps. Piriz ha consagrado su labor de periodista y publicista a la lucha antiimperialista. Este volumen corona en forma amplia y documentada, la larga campaña, ofreciendo un panorama al día de la situación latinoamericana.

Sudamericana

RAUL E LAGOMARSINO: COMO Y POR QUE DE VOCES Y GRAFISMOS. 157 ps. Después de su exitosísimo **Savia y follaje del libro** el jefe técnico de Sudamericana entabla un análisis, muchas veces polémico, de las **Nuevas normas de prosodia y ortografía de la Academia Española de la Lengua.**

ANDRE MAUROIS: LAS ROSAS DE SETIEMBRE. 223 ps. Segunda edición de una novela, donde un escritor maduro recorre América Latina en jira de conferencias, donde, claro está, conoce a una bonita latinoamericana, dando lugar a un drama de amor y de renuncia.

JULIO CORTAZAR: RAYUELA. 635 ps. La última novela de Cortázar, continúa y enriquece la línea de Los premios, con una arquitectura barroca y una escritura excepcional.

Eudeba

HENRY PEYRET: LA BATALLA DE LA ENERGIA. 135 ps. "La lucha del carbón y del petróleo por el predominio en el mercado de la energía es el tema central de esta obra" del director de la revista "L'Economie", quien aporta abundante información sobre las fuentes energéticas y sus propietarios en el momento actual.

Emecé

KURT PAHLEN: LA MUSICA SINFONICA. 629 ps. "Este libro desea ser útil: quiere orientar en la vasta materia de la música sinfónica, enumerar, explicar, ayudar a disfrutar, a comprender. Como todos mis escritos tiende a despertar interés, a crear ambiente. Un manual que el amante de la música consulta cuando va al concierto o cuando en la intimidad de su hogar se prepara para escuchar un disco".

MARCEL MIGEO: SAINT-EXUPERY. 334 ps. Un viejo amigo de Saint-Ex, que compartió con él algunas aventuras, reconstruye con amenidad una vida llena de accidentes y enriquece la minuciosa biografía con un conocimiento cabal de la producción literaria del autor de **Piloto de guerra**. Numerosas fotografías y documentos hacen del libro una guía segura de la vida de Saint-Ex.

LA NEGRA NOCHE DE ESPAÑA

BAJO el signo de la España de la Resistencia antifranquista se ha abierto la semana cultural que se inicia. La han adelantado los anarquistas ocupando la sede de la Legación española en protesta por las nuevas sentencias que se suceden en la "negra noche de España", y ayer se abrió con la presentación al público del famoso y polemizado libro de los italianos Sergio Liberovici y Michele L. Straniero, **Cantos de la nueva Resistencia española**. Oficialmente se completará el domingo con la llegada al aeropuerto de Carrasco, del poeta **Marcos Ana**, quien durante dos semanas dirá, con el testimonio hondo de su propia persona, de la situación de los innumerables presos que pueblan las prisiones españolas y que son vivo, desgarrado testimonio, de la empecinada resistencia del pueblo español a la tiranía franquista.

Santo Cristo de Fisterre
santo da barba dourada
axudademe a pasare
a negra noite de España.

así canta, a escondidas, en el extremo norte de la península, como canta en el centro y en el sur y en levante, el pueblo español. Grave, grave es lo que pasa cuando un pueblo no puede cantar en coro, a plena voz. Dos periodistas italianos, que tenían en su haber la hazaña de recoger los cantos de la resistencia italiana, permitieron que la voz anónima del pueblo español dejara de musitarse escondidamente, y se oyera a los gritos sobre el mundo entero.

Pueblo de España,
ponte a cantar.
Pueblo que canta
no morirá.

EN 1961, Liberovici y Straniero, con un equipo grabador recorrieron la península española deteniéndose con **"jóvenes y ancianos, escritores y hombres de cultura, profesionales, políticos, obreros, campesinos, gente de la calle"** para recoger y grabar a veces en lugares inverosímiles (por ejemplo los obreros del subterráneo madrileño, que se encierran de noche, luego del trabajo, para cantar, acompañándose de percusión de mesas y cucharas, el rítmico "Sin pan, sin pan"), los cantos de protesta, **"cantos populares en el sentido gramsciano, ya que a pesar de la variedad de extracción y de posición política, expresan un concepto de la vida y del mundo netamente en contraste con el optimismo de la sociedad oficial, y por eso han sido adoptados colectivamente por el pueblo español"**.

No sólo son nuevas creaciones que refrescan la vena fluyente del cancionero popular. También son las viejas melodías que reviven con nuevas letras, sustituyendo incluso aquellas que cantamos todos durante la guerra civil española. ¿Quién no recuerda el **"Anda, jaleo"**, transformado durante la guerra en **"El Tren Blindado"**, o "El Vito" transformado en la canción del Quinto Regimiento? Del mismo modo aquí, como si se tratara de una perfecta sinonimia el "Ya se murió el burro" se transforma en el ansiado **"Ya se murió Franco"**.

El libro de los italianos descerrajó un escándalo internacional, que se centró en la persona de los autores y de su editor, el mundialmente famoso Einaudi. El gobierno español dícese que por coacción directa de la mujer de Franco, elevó su protesta ante el gobierno italiano y consiguió, aduciendo razones religiosas y morales —el libro está lleno de malas palabras, comprensibles malas palabras, nada nuevas en boca de los españoles— que los autores fueran condenados a la cárcel. Al editor se le proscribió en España, impidiéndose la venta en el país de todas sus ediciones, así fueran breviarios de misa, y la reunión internacional de Formentor que dicta el Premio Literario de ese nombre debió trasladarse a Corfú porque el gobierno español negó la entrada al territorio español de uno de sus organizadores, Einaudi.

Tanto el disco con las grabaciones como el volumen que recogió los poemas de la Resistencia nueva, han tenido una repercusión mundial, aunque fue ayer por primera vez que ese libro se presentó en edición española (de **El Siglo Ilustrado**) al público hispano parlante. Muy pronto se cantarán en Montevideo con la decisión pública que por ahora, solamente por ahora, no es posible en España. Y no creemos —no queremos creer— que la embajada española pueda impedir la circulación en América.

A partir del domingo, Marcos Ana estará en Montevideo. En él ese pueblo aprisionado encontró la voz que lo expresara, y es bien significativo que haya sido la voz de un hombre que pasó veintitrés años en la cárcel y que sólo la intensa solidaridad internacional consiguió arrancarlo de la prisión de Burgos. El domingo el avión de Varig en que llegará estará rodeado de pueblo, del uruguayo que vive como suya la causa española, y al cual Marcos Ana hablara en su poema de la cárcel como a los demás pueblos de la América Latina:

Hago señales en la Noche. Muevo
mi corazón como un farol de sangre.
Escucho el eco rojo, la resaca
de un corazón gigante.
Me llega su reflejo. Se deslumbra
la Noche de las cárceles.

Nada habría que agregar a lo que ya dijéramos y dijera sobre él Darío Carmona en uno de los últimos números de MARCHA. El domingo, inmediatamente después de su arribo, depositará unas flores en el monumento a Artigas. Esa misma noche estará en la TV en la audición de Chifflet y Galeano. El lunes a las 19 horas ofrecerá una conferencia de prensa en el Sindicato Médico. El martes será recibido por la Junta Departamental de Montevideo. El jueves, invitado por la Universidad, ocupará la tribuna en la sala de actos de la Facultad de Arquitectura, siendo recibido por el Rector. El viernes a las 19.15 horas, en el Teatro Victoria, intervendrá en el acto que patrocina el Ateneo del Uruguay y que será un acto cultural donde Marcos Ana hablará de su poesía y leerá su obra.

El lunes 26 a las 19.15 horas estará en el local de MARCHA para el Homenaje que le brindaremos los periodistas y nuestros lectores en esta casa, que ha sido siempre su casa en tierra americana.

A. R.

(Viene de la pág. anterior)

a que lo llevaron, tal como cuenta la tradición oral: ¿Nombre? Soy demasiado conocido para responder. ¿Edad? Los artistas y las mujeres no tenemos edad. ¿Nacionalidad? Universal. ¿Profesión? Ironista. El ingenio de que dio muestras después, la mordacidad de sus réplicas, abonan la verosimilitud de estas frases. Todo en él concluía en literatura. Las dos balas, que se le alojaron en los pulmones, dan nacimiento a un folleto. **Diadema fúnebre**, con una mancha de sangre en la tapa, y a partir de entonces paseaba Montevideo con el chaleco agujereado por los balazos: "mis condecoraciones", decía.

Para esta fecha prácticamente está en la indigencia. Ya no vivía en el Hotel des Pyramides, sino en casa de unas tías. Comía en un pequeño restaurante de la plaza Independencia y en la nada aristocrática "Fonda del Vasco" de la calle Bacacay; su elegancia se mantenía a duras penas, los zapatos estaban envejecidos, el sombrero de paja agujereado. Quizás recibiera algún dinero de "El Día", pero su situación se había hecho desesperada, y forzoso era conseguirle un empleo. Se había intentado enviarle como cónsul a La Plata —nombramiento de Batlle— pero el gobierno argentino se opuso. Entonces se le nombra cónsul de distrito en Paranaguá, hacia donde parte en 1907. Había concluido su ciclo brillante, y comenzaba su purgatorio. Sus folletos ya no serán los mismos. El furioso torrente palabrero no desaparece, pero ya no recubre con sus joyas, al gusto antiguo, las bellezas femeninas, sino que comienza a traducir una espiritualidad que le había sido ajena. Quizás influencia de sus más jóvenes discípulos, especialmente Alberto Zum Felde que desde 1906 lo trataba asiduamente y admiraba textos como el Ahasverus de Edgard Quinet. En todo caso **La visión del Arcángel** (1903) es la

TAPAS doradas con letras rojas; hojas blancas con letras rojas, parecería el mismo producto lujoso y hedonista, pero empieza así: **"Vacilante, en los campos de la ebria Razón metafísica, en cada espina del Recuerdo, acerbamente el Peregrino ensueña el ¡ay! de la huella..."** En 1909, en Curityba, en una edición más amplia y más lujosa que todas las anteriores, pero plagada de erratas, aparece su mejor libro, **La Venus Celeste**, y que sin embargo es casi enteramente desconocido. Es, al **Psalmo**, lo que **Cantos de vida y esperanza** es a **Prosas Profanas**: el instante de recogimiento interior, de soledad, de melancolía. Y suena con un acento verdadero que se desliza entre la hojarasca verbal como no ocurría en el estruendo de su época erótica: **"Alma mía, está exangüe la tarde como hecha de tí después de haber sufrido..."** Así también está hecho el libro. Por primera vez ha escrito uno voluminoso, con 156 páginas; de ellas la mayoría son ejercicios de estilo superficial, rellenadas de palabras, pero de pronto una emoción recoleta, angustiada, emerge con veracidad entre ese fárrago. Y volverá a percibírselo en **Suspiro a una palmera**.

¿Qué hizo en Paranaguá, y después en Curityba? En 1910 envía a Delmira una carta para agradecerle **Los cantos de la mañana**, una carta notable de precisión interpretativa, que todavía puede verse expuesta en Amigos del Arte. Su postdata es dramática; en ella se olvida de su pose de poeta, y garabatea su desesperada situación: **"Excusad las tachas: el calor y el presidio. No sé si sabréis que Paranaguá es como una Cárcel: vivo en medio a un pulular del a... mo tal como si me hallara en una Correccional"**. El papel está desgarrado, faltan palabras, pero todavía al final puede descifrarse: **"Os escribo desde una Ciudad próxima elevada: si ella no existiera esta carta no existiría tampoco: en Paranaguá no se puede tomar la** **embota el cerebro, entorpece, deprime contra todo esfuerzo... Está incensado por exhalaciones palúdicas y arde en Verano a la temperatura de 48 gdos. ¡Tal es la ironía de los dioses fehacientemente malignos!... Esta carta, con sus defectos, pese a ellos, ha sido copiada o rehecha cuatro veces lo que prueba que no os presento un borrador negligente sino que por el contrario he escrito para vos cerca de cincuenta páginas"**.

Discretamente fueron comunicadas al gobierno uruguayo las excentricidades de su cónsul en Curityba. Daniel Muñoz informa de la necesidad de trasladarlo, y al fin de un largo expedienteo es repatriado con el pretexto de un traslado a Asunción donde nunca fue. No reconoce a nadie, no quiere hablar con nadie; gusta de pasear solo por esos barrios por donde antes nunca pisaba: el Cordón, la Aguada. Algún amigo lo encuentra y trata de conversar. Da voces, exclama: **"Sirenas, serpientes"**, y desaparece. Unas tías lo atienden. Luego se hará cargo de él su hijo. Como en el caso de su madre, se ha cerrado el ciclo: al frenesí erótico, mucho más literario que real, ha seguido la locura. Durante años, en las casas de salud, en el hogar de su hijo, escribe sin cesar: proyectos de gobierno, planes, hojas con consejos, incoherencias. Es la oscuridad luego de quince años en que destelló como una estrella de primera magnitud en el cielo de la "aldea": se consumió en un fogonazo.

Si hubiera que elegir de su obra, amontonaríamos algunas páginas de **La Venus Celeste**, algunos trozos de **Al lector** algunas de sus "plaquettes" menos transitadas, y casi todas sus polémicas, porque no hubo en el país nadie que supiera injuriar por escrito como él, que hiciera de las palabras espadas. Sus polémicas con Julio Herrera, con Vasseur, son inolvidables. Pero todo eso no es nada comparado con su historia personal. El también, como el intérprete inglés de la década amarilla, puso su genio en